

Marta De La Vega V.*

Positivismo republicano y evolucionismo liberal: Modernización y crisis en América Latina

Resumen

Se reflexiona en torno a los problemas de la modernización y crisis en América Latina desde los marcos conceptuales representados por el positivismo y el evolucionismo. Para ello se muestran, en primer lugar, las Condiciones históricas de la primera modernización republicana en los Estados Nacionales Liberales de América Latina; en segundo lugar, se presenta el significado del positivismo, su asunción y adaptación por los intelectuales latinoamericanos; en tercer lugar, se aplica una similar aclaración conceptual, ahora con el evolucionismo; y se finaliza exponiendo una interpretación de la simbiosis funcional entre ambas corrientes.

Palabras clave: Modernización, América Latina, positivismo, evolucionismo.

Abstract

In this article I examine the problems of modernization and crisis in Latin America from conceptual frameworks represented by positivism and evolutionism. It is shown, first, the historical conditions of the first modernization in the Latin American National Liberal States; secondly, it is presented the meaning of positivism, its ownership and adaptation by Latin American intellectuals; thirdly, it is applied a similar conceptual clarification, now with evolutionism. It finished giving an interpretation of the functional symbiosis between the two mentioned currents.

Keywords: Modernization, Latin America, positivism, evolutionism

* Universidad Simón Bolívar, Sartenejas; Universidad Católica Andrés Bello, Caracas, Venezuela.

A manera de introducción: cambio social y nuevo orden

En América Latina la constitución de las repúblicas en el siglo XIX, no representó el acceso al poder de una nueva clase dirigente. No comportó la destrucción de los cimientos del antiguo orden, como ocurrió mediante los procesos revolucionarios en Europa. La dirección en los países americanos recién emancipados pasó a manos de las élites criollas que, durante el período del coloniaje ibérico, tanto el español en los territorios hispanoamericanos, como el lusitano, en el caso del Brasil, habían vivido con molestia las restricciones de su participación en las estructuras de poder dominantes, económicas y políticas, bajo el poder imperial. Es por eso que las luchas de emancipación de las provincias americanas en contra de la monarquía española, en lugar de significar el quiebre de las estructuras sociales, económicas y políticas vigentes, las ratificó y consolidó, bajo una modalidad diferente a la dominante durante la época colonial. Se trataba ahora de instaurar un «orden nuevo» sin «nuevos actores».

Los criollos pertenecientes a la élite dominante local, subordinados a los funcionarios coloniales provenientes de la metrópoli, habían puesto en tela de juicio la legitimidad de dicha dirección. En reclamo de una mayor autonomía, sin cuestionar, ni menos todavía, transformar las estructuras vigentes de poder político y económico configuradas durante el sistema colonial, ni las tradicionales estructuras sociales predominantes, sino dispuestos a ampliar su posibilidad de participación, se lanzaron abiertamente a la lucha por el poder. Las transformaciones en el orden institucional y en el plano gubernamental, iniciadas con la constitución de las repúblicas, buscaban ampliar, por parte de las élites, el usufructo en sus cuotas de participación o parcelas de poder, económicas y políticas. No se trataba, con el nuevo orden republicano, de convertir genuinamente en estructuras «modernas», es decir, capitalistas, las prácticas económicas tradicionales, ni de transformar en «liberales» las prácticas políticas excluyentes, ni de sustentar prácticas «democráticas» de integración y participación social. La conformación, por parte de las élites criollas, de Estados Nacionales Liberales para implantar, frente al viejo orden tradicional colonial, democracias liberales y representativas, era un *desideratum* sólo en la estricta medida en que ello permitiera afianzar el papel de las élites como sector dominante en los planos social, económico y político internos. Es durante este período cuando se alternan en el poder político las oligarquías conservadoras o las oligarquías liberales.

En otras palabras, el proceso de emancipación hispanoamericano no significó una ruptura de las estructuras provenientes del orden colonial; no se produjo un proceso de cambio social efectivo, entendido, a la manera habitual en que utilizan los sociólogos esta expresión comprensiva, «para designar principalmente las alteraciones en la cultura no material (valores, costumbres, instituciones y pautas de acción y comportamiento)»,¹ es decir, como un cambio cultural. Es cierto que el cambio social puede ser explicado casi en su totalidad por los cambios en la cultura: los principales factores son innovación, acumulación, difusión y ajuste. En este sentido, Ogburn estableció que el proceso de cambio social se parece más a una red que a una cadena, en la cual cada factor está vinculado a los demás por múltiples relaciones. Puesto que se trata de un proceso, el cambio social tiene lugar en un período de tiempo y no en un momento dado.²

Desde el marco teórico en el cual entendemos el cambio social, el cambio no se produce —como lo entiende la explicación marxiana del cambio—, sólo como resultado de contradicciones internas. Se admite una perspectiva externa, según explicará Marsal: «las condiciones de invariabilidad de una estructura encuentran su límite cuando su compatibilidad con otras estructuras interdependientes de un mismo sistema global, resulta insuficiente».³ Ya lo había señalado Parsons⁴ al referirse al sistema social: hay una pluralidad de actores individuales que actúan entre sí en una situación dada, «cuyas relaciones con sus situaciones, incluyéndose ellos mismos, están definidas y medidas en términos de un sistema de símbolos estructuralmente estructurados y compartidos».⁵ Esta articulación podría aflojarse e incluso, romperse. Toda estructura social, que es dinámica y consiste en el conjunto de pautas que organizan los roles de los actores y las relaciones sociales entre ellos, donde cumplen una función adecuada al sistema, es institucional. La estructura cultural, más bien tiene una relación preeminente con la organización de los valores normativos de comportamiento. El desfase estructural entre ambas estructuras desemboca en anomia.⁶

¹ Cfr. Sargent and Williamson, *Social Psychology*. New York, The Ronald Press, 1958.

² Cfr. Ogburn, *Social Change*. New York, Viking Press, 1955.

³ J.F. Marsal, *Cambio social en América Latina*. Buenos Aires, Solar/Hachette, 1967, p. 24.

⁴ Parsons and Shiles, *Toward a General Theory of Action*, 1951; Parsons, *The Social System*, 1951.

⁵ Parsons, *The Social System*, 1951, pp. 5-6.

⁶ Cfr. R. Merton, *Teoría y estructuras sociales*. México, E.C.E., 1970, cap. IV.

1. Condiciones históricas de la primera modernización republicana en los Estados Nacionales Liberales de América Latina

En las Provincias americanas, que formaban parte integral del Imperio español y dependían de éste, el catalizador externo que habría propiciado el movimiento emancipatorio no fue la búsqueda de la ruptura con el sistema colonial impuesto desde la metrópolis. Se trató inicialmente de una tentativa de recuperar el orden hispánico vigente y de fortalecer los lazos de lealtad hacia la autoridad real española, que habían sido rotos por la abrupta usurpación del poder, con la invasión napoleónica, por parte de José («Pepe Botella») Bonaparte, su coronación y la salida del trono del rey de España, Fernando VII.

En este sentido, la independencia no significó, con toda su carga trágica de pérdidas inmensas en vidas humanas, en recursos, en bienes y en dinero,⁷ una transformación en la composición de las élites, ni una sustitución por nuevas élites, sino un mero desplazamiento de las figuras ya existentes en el escenario político, enmarcado dentro de viejas reglas de juego. Como señaló Mariátegui al referirse a este proceso histórico en el Perú:

La aristocracia colonial y monárquica se metamorfoseó, formalmente, en burguesía republicana. El régimen económico-social de la colonia se adaptó externamente a las instituciones creadas por la revolución. Pero la saturó de su espíritu colonial.⁸

Dos aspectos vale señalar de este proceso de transformación histórica, descrito por Mariátegui, mediante dos calificativos: «formalmente» y «externamente», para tratar de precisar sus principales características. Por un lado, la clase dominante «se metamorfoseó formalmente» en una nueva clase social, sin que efectivamente se tratara de una modificación «de fondo» en los intereses y objetivos prioritarios de dicha clase. No irrumpió una nueva élite, ni surgió una burguesía nacional sólida, ni ocurrió un cambio de dirección del grupo social dominante. El paso a la república no fue realizado por nuevos sectores emergentes.

⁷ Cfr., por ejemplo, las estadísticas sobre los préstamos en dinero hechos a potencias como Inglaterra, que recoge Agustín Cueva en su libro sobre *El desarrollo del capitalismo en América Latina*. 2ª edición. México, Siglo XXI editores, 1978.

⁸ J.C. Mariátegui, *Obras completas*. 20 vols. 7ª edición. "El proceso de la literatura", en *Siete ensayos*

Esto habría dado lugar a un nuevo «tono» en la producción cultural y en la organización social, que, al contrario, mantuvo el mismo viejo espíritu del orden colonial. Por otro lado, sin una real transformación de la economía nacional en formación, no fue posible la estructuración de un orden productivo interno, que favoreciera el desarrollo endógeno mediante la integración y diversificación vertical de las distintas ramas de la economía. Las repúblicas recién emancipadas, estimuladas por la demanda externa, continuaron, sin caminos distintos a los ya recorridos, lo que ha sido llamado el «crecimiento hacia fuera».

Fue un desarrollo económico exógeno el de los países latinoamericanos, como polos subordinados y periféricos con respecto al centro del sistema capitalista, cuya expansión mundial había comenzado históricamente con la estructuración de los grandes imperios coloniales, las exploraciones geográficas y la inserción, desde esta época, de los territorios americanos recién descubiertos y conquistados, como fuentes de suministro de las materias primas. Éstas, al igual que los bienes agrícolas y mineros, fueron requeridas para acelerar el incipiente desarrollo comercial y manufacturero de las potencias europeas. Más de tres siglos después, en las nuevas repúblicas americanas seguían subsistiendo las estructuras económicas preexistentes y el orden social estratificado del período colonial. Aunque hubo un cambio en la «fachada» del proceso económico y en la conformación «institucional», no hubo ningún cambio «internamente» significativo, a no ser que favoreciera, mediante reformas administrativas y legales promulgadas por los distintos gobiernos, las vinculaciones externas mediante las cuales se inició el proceso de expansión de los nuevos Estados nacionales.

Si bien se logró ampliar, para la élite criolla, su participación en las estructuras de poder, hasta entonces restringida a causa del mercantilismo monopolista y del centralismo monárquico de la península, no cambiaron ni el sentido de los asuntos de administración y de decisión política, ni la dirección de los beneficios económicos derivados del sistema de producción.

En Europa Occidental, por ejemplo, en Francia, los primeros signos que anuncian la sociedad moderna ocurren en el siglo XVII: el Estado-Nación, la ciencia y una cultura desacralizada. En América Latina, dicho proceso de ingreso

de interpretación de la realidad peruana. Lima, ediciones populares de la Biblioteca Amauta, 1959, tomo 2, p. 215.

a la modernidad se inicia, calcado este modelo, sólo a partir de la segunda mitad del siglo XIX, por evidentes razones históricas vinculadas al pasado colonial.⁹ La primera fase postindependiente había constituido un intento, frustrado y con frecuencia trágico, de formación de una nacionalidad de dimensión continental, bajo la principal inspiración de la llamada «generación de los fundadores». Después de la muerte de Bolívar, en 1830, la desarticulación de la «Gran Colombia» en nacionalidades fragmentadas marcó el inicio del proceso de «balkanización»,¹⁰ bajo el influjo económico dominante de los británicos, principales prestamistas, a intereses usureros, de la mayor parte de los dineros que fueron requeridos para financiar las guerras de emancipación contra España. Este proceso no fue fácil. Se caracterizó por constantes luchas internas entre los diversos grupos regionales o los caudillos locales, con gobiernos oligárquicos, conservadores o liberales, acerbamente enfrentados en una lucha por el poder. La confrontación política a menudo tomó incluso la forma de un conflicto armado.

Sin embargo, las transformaciones en la economía mundial después de 1860 tuvieron un efecto favorable sobre las economías latinoamericanas. Provocaron su gradual incorporación al sistema y la necesidad de un orden político estable. La posibilidad de consolidar el poder de las élites modernizantes, en el marco internacional del capitalismo liberal en su fase monopólica, exigía cohesión entre los distintos grupos que conformaban el sector social dominante.

El incremento de la expansión económica, la asimilación creciente de las economías de las nuevas repúblicas americanas al mercado mundial y el triunfo de los sectores liberales de la oligarquía facilitaron la vinculación creciente con los polos dominantes del capitalismo europeo y con los Estados Unidos. Es por ello que el modelo primario exportador e importador de bienes manufacturados que impulsó la modernización en los países latinoamericanos en su fase de consolidación como Estados Nacionales Liberales ha sido denominado también proyecto liberal-oligárquico. La forma liberal oligárquica de los estados nacionales se expresó, bajo un régimen republicano, por la existencia simultánea de instituciones jurídico-

⁹ Cfr. Marta de la Vega, *Evolucionismo versus positivismo. Estudio teórico sobre el positivismo y su significación en América Latina*. Caracas, Monte Ávila editores Latinoamericana, 1998.

¹⁰ Cfr. Marcello Carmagnani, *América Latina de 1880 a nuestros días*. Versión castellana del italiano de Damia de Bas. Barcelona, ediciones Oikos-Tau, 1975.

políticas calcadas de las modernas democracias liberales europeas y una realidad social que contradecía, en la práctica, tanto la aplicación efectiva de la legalidad liberal como el alcance social de los principios de igualdad, libertad y universalidad formalmente proclamados por la teoría democrática. Estos principios beneficiaron y se aplicaron restringidamente sólo a los grupos sociales minoritarios vinculados al sector primario-exportador y a la incipiente burguesía «compradora», burguesía comercial importadora que surgió entremezclada y confundida con la aristocracia terrateniente.¹¹

Igualmente, la heterogeneidad presente en estas élites explicará, entre otros factores, que los movimientos de modernización hayan sido, en virtud de las fuerzas internas en juego, por un lado progresistas y por otro, de tendencia conservadora. Teniendo en cuenta esto, se podrá también precisar el sentido que tuvieron los movimientos llamados de «regeneración» nacional en los jóvenes estados latinoamericanos. En este contexto, el positivismo era la doctrina que sin «mayores riesgos» para garantizar el mantenimiento del *status quo*, permitía introducir, en forma sistemática, una serie de reformas que, en diversos planos, asegurarían la «emancipación mental», es decir, la evolución de la inteligencia hacia una actitud «moderna», la cual sentaría las bases para una organización «industrial» de la sociedad, a la vez que conservaba inmutables las estructuras de poder tradicionales. La ambigüedad del «proyecto nacional» en estos países se nutrió de la ambigüedad característica de la filosofía positivista como «instrumento de cambio social» y de su «confusión» funcional con el evolucionismo.

2. Significado del positivismo

De acuerdo con el sistema de Comte, sobre la base de una aproximación científica a la realidad, de la separación de la Iglesia y del Estado y de una unidad social, se trataba de sustituir el antiguo orden teológico tradicional y el anárquico metafísico, según su teoría de los tres estadios, por un orden moderno y cosmopolita, de una sociedad regenerada, positiva e industrial.

Ni teocracia ni democracia, sino «sociocracia», es decir, gobierno de una élite de «sabios» o «sacerdotes de la Humanidad» y de los «patricios», bajo una

¹¹ Cfr. A. Cueva, *Op. cit.*, p. 85.

misma unidad de pensamiento. De allí se derivaría el «consenso» social, es decir, según el entender de las élites latinoamericanas, el fin del «caudillismo» y por consiguiente, la centralización política y un proceso de «integración nacional». De este modo, la filosofía positivista fue propuesta como instrumento de ruptura con respecto al viejo orden «colonial», «escolástico» y «metafísico» que había marcado la primera fase de la historia republicana de las nuevas naciones y, en época anterior, el período de la dominación imperial por parte de España y Portugal.

El positivismo, que es una ideología conciliatoria y no de conflicto, se convirtió así en una valiosa herramienta para lograr la alianza necesaria entre este grupo heterogéneo de las élites, en la búsqueda de sus comunes objetivos de crecimiento económico, paz doméstica y prosperidad nacional. La estabilidad política permitiría un clima favorable para alcanzar los efectos «europeizantes» y «civilizatorios» a los que aspiraban las élites, al consolidarse los nuevos estados nacionales. La realización de estos propósitos se haría mediante las inversiones de capital extranjero, la inmigración europea y la separación entre la Iglesia y el Estado. Estos principios, anteriores incluso al positivismo pero identificados con éste, se volvieron la consigna de las élites, en función de la «causa nacional». Esto es, el «orden» en función del «progreso». Así lo recogen textos de los venezolanos Rafael Villavicencio o José Gil Fortoul, al mostrar cómo el positivismo se hizo fuerte en cuanto expresión de una alianza nacional entre las principales facciones de las élites: «liberales» y «conservadores». También quedó igualmente establecido a través del testimonio de Gabino Barreda en México o en las declaraciones públicas del chileno Valentín Letelier.

La búsqueda de la unidad fue otro elemento clave del positivismo. Comte sostuvo la necesidad de una doctrina unitaria a partir de la cual el progreso material seguiría naturalmente. Valentín Letelier, por ejemplo, en un discurso a los radicales, con referencia explícita al positivismo de Comte, aludía a un pensamiento inspirador que perseguía «la suprema alianza» entre libertad y orden, esto es, la unidad entre radicales y conservadores. Así como a la emancipación política había que añadir la emancipación mental, al orden teológico se opondría el orden positivo; a la monarquía, la república; a la anarquía, el orden; a los «retrógrados», que quieren el orden sin consolidar el progreso, y a los «revolucionarios», que buscan el progreso sin respetar el orden, se opondrá la alianza entre retrógrados y revolucionarios, que significa, como apuntó Villavicencio, progreso dentro del orden. De este

modo, la «cohesión nacional» mediante el orden y la «integración cultural» mediante una doctrina unitaria, conducirían a la realización de las metas materiales, es decir, al «progreso». Con frecuencia, la aplicación del positivismo adquirió la figura de una reforma educativa. En efecto, de acuerdo con la consigna de Comte, «amor como base, orden como medio y progreso como fin», lo primero era la transformación moral e intelectual, sin lo cual todo cambio material sería estéril.

La significación política de esta doctrina filosófica para las élites latinoamericanas radicaba en que el progreso, por ser eminentemente de orden mental, no implicaba forzosamente una transformación de las estructuras económicas y sociales establecidas. En consecuencia, el positivismo se convirtió en un medio de legitimación teórica del papel y objetivo de minorías privilegiadas y de justificación práctica de dictaduras personalistas, incluso tras la fachada civil de gobiernos liberales y representativos.

3. Significado del evolucionismo

A pesar de ser una filosofía antitética al sistema filosófico de Comte, el evolucionismo de Herbert Spencer jugó un papel determinante para impulsar los proyectos de modernización que comportó la consolidación de los Estados Nacionales Liberales. Cronológicamente, la introducción del positivismo en América Latina coincidió con la difusión del pensamiento de Spencer y las teorías de Darwin, que vinieron a confirmar las formulaciones de Spencer. Tal coincidencia facilitó sin duda la asimilación mixta o convergente que luego se hizo de ambas corrientes intelectuales, positivismo y evolucionismo, como si se tratara de aspectos diversos de una misma escuela.¹²

En Spencer, la libertad, vinculada directamente a la idea de evolución, aparece como condición de progreso en el plano social y político. Su concepción de la libertad lo llevó a definirse a la vez en contra del militarismo, del aristocratismo y del socialismo. Defensor del individualismo, Spencer sostenía que la evolución progresiva de la humanidad implicaba una cada vez mayor libertad individual («diferenciación») y, simultáneamente, una más recíproca dependencia de unos con otros («vinculación») mediante una creciente división del trabajo («integración»), entendida como especialización de las funciones («heterogeneidad»). Sin embargo,

¹² Desmontar esta tesis, anclada en la historiografía latinoamericana, que contribuyó a la confusión

el equilibrio alcanzado por el organismo social era «inestable». Las estructuras sociales eran semejantes a las de un organismo animal, cuya evolución entendida como un proceso simultáneo de diferenciación y vinculación crecientes, de mayor heterogeneidad e integración, podía también desembocar en su disolución, por efecto de la interacción de fuerzas externas sobre la dinámica social, y como parte de un proceso universal de cambio. A mayor progreso, mayor libertad, siendo ésta, a diferencia de la visión del positivismo de Comte, la condición del orden.

Para Spencer, ni la evolución era unilinear, ni el progreso la sucesión de fases necesarias o ascendentes, ni creyó en el carácter necesario del progreso, ni se alcanzaban nunca estados «definitivos» como creía Comte, al identificarlo con el estado «positivo» de la humanidad. Para Spencer, la «retrogresión» ha sido tan frecuente como la «progresión».

Sin embargo, en el contexto latinoamericano, de acuerdo con la nueva coyuntura internacional, el proyecto comteano, basado en la necesidad del orden para superar la anarquía, para pasar de un estado negativo y disolvente a uno constructor y positivo y lograr la regeneración social por la emancipación mental que sólo una reforma en la educación y en la conciencia colectiva, mediante la actividad científica y el dogma unitario que conduciría al progreso podían lograr, ya no resultaba suficiente. La necesidad de combinar el trabajo «constructor» de los conservadores «auténticos» y de los liberales «reformados» («no revolucionarios») con la libertad de comercio, hizo posible la adopción del pensamiento de Spencer en el momento de apogeo de la «modernización» de las distintas culturas nacionales.

4. Una interpretación de la simbiosis funcional entre positivismo y evolucionismo

Al orden y el progreso era preciso agregar ahora la libertad. Fusionados libertad y orden, liberales y conservadores, el nuevo orden va a ser uno de «progreso» económico en el marco de un liberalismo dependiente en el plano externo, aunque internamente basado en una estructura dual, distorsionada,

histórica y conceptual entre ambos sistemas filosóficos y a la interpretación oscura o distorsionada de su alcance y repercusiones en los distintos países donde impactó su presencia, fue uno de los propósitos del libro de Marta de la Vega, *Evolucionismo versus Positivismo*, ya citado.

vulnerable e inestable. Así, condicionada por la fragmentación interna de las élites, se instauró una modernización sobre bases frágiles. Además, como respuesta a su heterogénea composición, se produjo la final asimilación de filosofías antagónicas, en una única mezcla híbrida que en la práctica se reveló a la vez reformista y reaccionaria.

La consolidación de los estados modernos se hizo, pues, dentro de un marco político oligárquico, esto es, hacia fuera, cosmopolita y «europeizado» y, hacia adentro, basado en relaciones tradicionales de poder: el «caudillo». Por consiguiente, el punto de partida para explicar la penetración del positivismo debe buscarse en el proceso de formación del Estado y de la Nación en los países latinoamericanos y no tanto en la eficacia de la ideología. Y su combinación con el evolucionismo, en la forma dependiente capitalista en que se insertaron estos países a la economía mundial, dentro del liberalismo internacional. El sector intelectualmente activo de las élites nacionales incorporó el positivismo a sus respectivos proyectos en los países de América Latina, injertándolo con corrientes innovadoras más recientes y distintas al positivismo original. Estos sistemas ideológicos y filosóficos híbridos son los que orientarán el proceso de transformación planteado en todos los planos de la vida nacional y a la vez, por ello mismo, limitarán su alcance real.

En conclusión, aunque compartieron una similar postura gnoseológica o actitud ante el saber, la filosofía de Spencer es experimental, mientras que la de Comte es racionalista y dogmática. Como teorías filosóficas que buscaron convertirse en acción política y social, coinciden positivismo y evolucionismo; pero ambos son sistemas antagónicos contrapuestos, tanto en sus principios fundadores como en sus consecuencias prácticas. A pesar de ello y de estudios que demuestran sólidamente este carácter antagónico,¹³ el equívoco de considerarlas variantes de una misma escuela filosófica persiste hasta nuestros días.

La filosofía positivista y la evolucionista, sin embargo, se compenetraron y formaron una simbiosis funcional que, mediante su estructura dual, respondían de un modo articulado a los intereses particulares de las diversas fracciones coaligadas en el interior de las élites. De este modo, no sólo se logró una alianza liberal-conservadora para conseguir la estabilidad política y la paz necesarias para el crecimiento económico, sino que, al orden y al progreso se añadió la libertad

¹³ Cfr. Sylvio Romero, *O evolucionismo e o positivismo no Brasil. Doutrina contra doutrina*. 2ª edición. Rio

como fundamento de la estrategia de expansión económica y como condición de un proceso civilizatorio y cosmopolita.

Su alcance real estuvo, sin embargo, limitado porque no fueron corrientes hegemónicas. No fueron asimilados –pasiva o activamente– por las mayorías, sea a través del consenso, sea a través de la coerción, sino por grupos minoritarios dentro del conjunto, muy heterogéneo, que conformaba la clase dirigente. Por último, la eficacia institucional para promover estos sistemas de ideas fue casi nula o tangencial. Más bien, como en el caso de Venezuela, entremezclados positivismo y evolucionismo, con otras vertientes ideológicas eclécticamente incorporadas al «ideario nacional», en el marco de regímenes liberal-oligárquicos de muy restringida participación, o francamente dictatoriales, fueron utilizados políticamente como instrumento de justificación de las «bondades» del sistema imperante. Pero no lograron aglutinar a los distintos sectores en torno a ideales comunes ni interpretar las aspiraciones nacionales mayoritarias. A pesar de ello, estas corrientes de ideas contribuyeron a delinear los procesos de modernización económica, de modernización académica y de renovación intelectual que, sin duda, constituyen marcos de referencia para interpretar y enrumbar la realidad actual de los pueblos de América Latina.

de Janeiro, Livraria Classica de Alves, 1895; o Marta de la Vega, *Evolucionismo versus positivismo*, cit.